

ÉTICA Y LITERATURA: LA TRADICIÓN CLÁSICA GRIEGA EN *ÚLTIMO DESEMBARCO* DE FERNANDO SAVATER

Lucía P. Romero Mariscal
Universidad de Almería

RESUMEN

Último desembarco, de F. Savater, representa el momento dramático de la llegada a Ítaca de Odiseo como el momento previo en la vida del hombre a la consecución y término de un sueño. La llegada de Odiseo a las costas de su patria, de su ciudad, y de su casa, lo enfrenta al momento de la duda y de la decisión entre la continuidad o el fin de la aventura, a la renuncia de unos ideales que se cuestionan en el momento mismo de su cumplimiento. Atenea simboliza la escisión de Odiseo entre la razón y la convicción, entre la duda y el heroísmo. El filósofo escoge el género de la comedia para representar una materia heroica, la del drama de la libertad.

PALABRAS CLAVE: Comedia heroica. Épica. Ética. Libertad.

ABSTRACT

F. Savater's *Último desembarco* represents Ulysses' arrival at Ithaca as a metaphor of the moment of human life which precedes the fulfillment of a dream. Once he has reached the coasts of his fatherland, his city and palace, he has to face his doubts, to decide whether to continue or to end the adventure, and to give up the ideals he has maintained all through the years at the very moment of their fulfillment. The goddess Athena symbolizes Ulysses' dichotomy between reason and conviction, between hesitation and heroism. The philosopher profits the genre of comedy to perform a heroic plot, the drama of freedom.

KEY WORDS: Heroic comedy. Epic. Ethics. Freedom.

«Y si ahora, dejando en el suelo el abollonado escudo y el fuerte casco y apoyando la pica contra el muro, saliera al encuentro del inexorable Aquiles, le dijera que permitía a los Atidas llevarse a Helena y las riquezas que Alejandro trajo a Ilión en las cóncavas naves, que esto fue lo que originó la guerra, y le ofreciera repartir a los aqueos la mitad de lo que la ciudad contiene y más tarde tomara juramento a los troyanos de que, sin ocultar nada, formasen dos lotes con cuantos bienes existen dentro de esta hermosa ciudad? ... Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón?»

Homero, *Iliada* XXII, 111-122

INTRODUCCIÓN

Aparentemente, *Último desembarco* semeja una comedia de tono desenfado con apenas unos ecos remotos del original griego, del que más que inspirarse parece desviarse con la irónica sonrisa de la más verosímil modernidad. Nada de esto, sin embargo, resulta cierto conforme vamos avanzando en la contemplación o lectura de este drama.

F. Savater recrea el momento crucial de la tan ansiada llegada de Odiseo a su tierra, Ítaca, y, aprovechando la emotividad de ese instante y trascendiéndolo como el desembarco último que precede a la conquista de todo sueño, hace de éste un episodio dramático transido de sentido inherentemente humano.

Como tantos autores que, sobre todo a partir del siglo V a. C., vuelven sobre el personaje de Ítaca, constatamos en Savater aquello que ya pusiera de manifiesto W. B. Stanford en el capítulo precisamente titulado «Ulysses in later Greek literature and art»: «Not that the writers who succeeded those epic poets felt bound to follow the established legend in every detail. On the contrary they freely added episodes or interpretations of their own. But whenever they wrote about Ulysses they had the epic story in mind. Their opinions divide not so much on what Ulysses did or did not do as on his *moral character*»¹.

El Ulises de Savater es ciertamente el Odiseo homérico (ποικιλομήτης, πολύμητις, πολυμήχανος, πολύφρων, πολύτροπος, πολύτλας ...), es el héroe en el sentido etimológico de la palabra, el *héros*, el que ha alcanzado la madurez, el que busca *aénaon kléos*, la gloria y el honor, pero es también el héroe de la modernidad, de la cotidianidad prefigurada ya en la *Odisea*: el héroe que sobrevive con los medios que sea, el que vuelve a casa a pesar de todo, y el que pese a la oposición externa o lo aparentemente inútil, absurdo o incomprensible de su sueño, no renuncia a éste, lo completa. Y es, además, el elemento moral el que queda precisamente subrayado en la dramatización expresa y simbólica de la llegada a Ítaca, después de casi veinte años de guerra y errabundos intentos de regreso.

Ítaca y Ulises simbolizan míticamente el drama de la libertad humana, el conflicto de la deliberación y de la elección. La dimensión ética vertebrada esta *comedia homérica*, donde la utopía del hombre por realizar sus más íntimos proyectos se convierte en último y decisivo lance heroico que definitivamente y contra toda objeción se logra arrostrar.

La consciencia de la imposibilidad de satisfacción simultánea de varias vías de actuación suele derivar en un conflicto deliberativo del que sólo nuestros propios compromisos valorativos, cualitativamente diferentes, pueden librarnos. Por lo general, el miedo suele, además, preceder a todas nuestras opciones trascendentes en la vida. En esos momentos, la duda, envuelta bajo los intrincados ropa-

¹ STANFORD, W. B.-LUCE, J. V.: *The Quest for Ulysses*, Londres, 1974, p. 139. (La cursiva es nuestra.)



jes de la más fría y objetiva racionalización, suele presentarnos numerosas objeciones como obstáculos insalvables que sólo los más valientes logran vencer, movidos en gran medida por una fidelidad más emotiva que intelectual.

Esto es lo que parece sentir este nuevo Ulises a las puertas de Ítaca. Antes de entrar definitivamente, antes de abandonar para siempre el mar de la aventura e iniciar una nueva vida, los miedos y las dudas comprensibles asaltan a Odiseo por boca de Atenea, quien parece querer disuadir al héroe de llevar a término su empresa.

Como escritor-filósofo, la cuestión de la libertad humana es algo sobre lo que Savater ha hecho públicas sus reflexiones en más de una ocasión. En otro de sus libros, *Ética para Amador*, dice expresamente: «Lo serio de la libertad es que cada acto libre que hago limita mis posibilidades al elegir y realizar una de ellas»². Esto es precisamente lo que se discute y representa en *Último desembarco*. Pero ahora estamos ante una *comedia homérica*, y, como comedia, el bien triunfa sobre la más cruda realidad, el idealismo se impone al pragmatismo, y el esfuerzo heroico abraza con coherencia y valor la realización sublime de la libertad.

No es, desde luego, la primera vez que su autor echa mano de algún personaje del mito para ilustrar de forma particular lo que sus palabras sólo pueden enunciar de un modo más general. De hecho, en *Ética para Amador* Savater alude a otro héroe del ciclo troyano, Héctor, y al emotivo pasaje que de una especie de monólogo interior nos da cuenta la *Iliada*³, para refrendar de un modo más expresivo las propias palabras acerca de la conflictiva libertad humana. En *Último desembarco*, el héroe escogido es Ulises, y el ejemplo mítico se expande recreado bajo una nueva voz original.

Así decía Savater a su hijo Amador: «Por mucha programación biológica o cultural que tengamos, los hombres siempre podemos optar finalmente por algo que no esté en el programa (al menos, que no esté *del todo*). Podemos decir «sí» o «no», quiero o no quiero. Por muy achuchados que nos veamos por las circunstancias, nunca tenemos *un solo* camino a seguir sino varios. Cuando te hablo de *libertad* es a esto a lo que me refiero»⁴.

Pues bien, al igual que en aquella obra fuera evocado Héctor —que supera la tentación de la duda y del miedo para elegir libremente dar la vida por su patria en un enfrentamiento contra Aquiles—, vuelve ahora a mostrarnos la épica de Homero otro paradigma de heroica libertad: no importa que hayan pasado veinte años y que nadie recuerde ya a Ulises en Ítaca; puede que sea difícil imaginar una fidelidad conyugal tan larga en la soledad como la de Penélope; puede que sea impensable la admiración filial de un Telémaco adolescente que carece de cualquier recuerdo particular de su padre; e incluso es posible que hasta los servidores más leales hayan olvidado la figura y la voz de su señor, ... la voluntad de volver a las señas de identidad puede más.

² SAVATER, F.: *Ética para Amador*, Barcelona, Ariel, 26ª ed., 1996, p. 77.

³ XXII, 111-122.

⁴ *Ibid.*, p. 29.

Las palabras que empleara Savater para iniciar a su hijo en los caminos de la ética describen perfectamente lo que encarna Ulises como personaje regio y ejemplo moral de virtud: «A nadie se le *regala* la buena vida humana ni nadie consigue lo conveniente para él sin coraje y sin esfuerzo: por eso *virtud* deriva etimológicamente de *vir*, la fuerza viril del guerrero que se impone en el combate contra la mayoría. [...] El tipo responsable es consciente de lo *real* de su libertad. Y empleo «real» en el doble sentido de «auténtico» o «verdadero» pero también de «propio de un rey»: el que toma decisiones sin que nadie por encima suyo le dé órdenes. Responsabilidad es saber que cada uno de mis actos me va construyendo, me va definiendo, me va *inventando*»⁵. Bajo esta lectura cobra sentido la representación del mito de *Último desembarco*. Estas palabras nos guían a su más íntima y profunda comprensión.

ÚLTIMO DESEMBARCO

Savater califica esta su obra de *comedia homérica* pues, en efecto, el tono desenfadado de algunos diálogos entre los personajes, la escenografía y la presencia del humor hacen que se considere como tal género dramático y además, dado que sus personajes y algunas de sus citas evocan la *Odisea* de Homero, ésta se nos presenta, en efecto, como homérica, con todas las salvedades que, desde luego, podemos encontrar.

El único acto de la obra se desarrolla en un chiringuito de playa donde la modernidad de tal espacio y de la indumentaria de los personajes es absoluta. El tono que tal escenario anticipa y promueve será, pues, absolutamente desenfadado, y contemplar a la nodriza Euriclea bebiendo vermouths y tomando aceitunas y patatas fritas rompe cómicamente la imagen de noble anciana de la *Odisea* de Homero. No faltan tampoco los golpes de humor verbal en numerosas ocasiones, como cuando escuchamos en labios de la diosa Atenea que no hay tema que le aburra más que la teología⁶, o que «*al sol no hay dios que aguante más de diez minutos*»⁷.

Los ecos de la *Odisea* de Homero son muchos e intencionados. Unos son fieles a lo que en esta obra se cuenta, otros varían en cuanto a la visión o espíritu de interpretación. Por lo general la razón de la modernidad se impone y rompe el encanto de la majestuosidad fantasiosa del pasado.

Es nota característica de la mayoría de los escritores contemporáneos que deciden recrear el mito de Odiseo en sus obras teatrales el dudar de la inocente y noble credulidad que animaba la ficción épica. Hoy en día nadie puede creer que, tras veinte años de ausencia, Penélope se hubiese mantenido fiel a su marido, deseosa de su regreso, o que Telémaco creciera en el convencimiento de la existencia

⁵ *Ibid.*, pp. 116-117.

⁶ SAVATER, F.: *Último desembarco*, Madrid, Espasa Calpe, 1988, p. 37.

⁷ *Ibid.*, p. 43.



de un padre al que apenas recordaría y con el entusiasta deseo de verlo aparecer algún día para que reinara en un palacio cada vez más consumido por voraces pretendientes. Tampoco puede admitir esto Savater y ésta es, quizás, la más aparente infidelidad o transgresión a la obra de Homero. Ahora Penélope no parece ser la fiel esposa que, aunque también teje y desteje, vive sólo para esperar la vuelta de su único esposo⁸. Algo parecido ocurre con Telémaco⁹. Frente a Ulises, cuyo espíritu está impregnado de los mitos del pasado, Telémaco aparece como un joven interesado en la ciencia y la razón, no en los viejos cuentos, sino en la sabiduría más puramente intelectual¹⁰.

El distanciamiento más radical respecto a la feliz ilusión de la *Odisea* nos viene dado en el personaje de Euriclea. Con ella la ironía es doblemente repetida en una especie de parodia del pasado, de frívola ruptura de la ingenua ilusión de Odiseo y del espectador: Euriclea, quien en la *Odisea* es la primera que reconoce a Odiseo en palacio en un pasaje sumamente emotivo, no provoca aquí más que risa¹¹. Los ecos de la anagnórisis homérica gracias a la cicatriz en el muslo de Odiseo —a causa de la herida producida por un jabalí en el monte Parnaso durante una cacería con su abuelo Autólico¹²— sirven aquí para poner aún más en ridículo a un héroe olvidado absolutamente por todos¹³.

Savater, pues, se inspira en la *Odisea* de Homero cuyo argumento general le sirve como fondo necesario para ubicar el momento dramático en que su obra comienza y se desarrolla: la llegada a Ítaca. La elección del mito de Odiseo por parte de Savater está completamente cargada de sentido. En Homero, Odiseo se configuró como prototipo de un nuevo tipo de héroe más moderno y más humano. Junto a los tradicionales atributos de honor, gloria y valor, la astuta inteligencia, la palabra adecuada y la sufrida paciencia adquirieron el rango de cualidades heroicas absolutamente nuevas. Luego el personaje fue objeto de alabanza o censura según las diferentes ópticas individuales de cada autor en el transcurso de los tiempos, pero siempre, repetimos, desde consideraciones subjetivas más o menos influenciadas

⁸ Lo primero que sabemos de ella es que «por lo que cuentan, su principal tarea consiste en examinar cuidadosamente a todos los pretendientes que la asedian para decidir cuál debe sustituir a Ulises en el trono y en su cama», cosa en principio no muy diferente de la trama que se nos cuenta en la *Odisea*, pero que luego deja entrever algo más, que en aquélla ni se nombra: «¡Por todas las reinas, guapo! ¡Y por los audaces bastardos con que sueñan las reinas enamoradas!» *Ibid.*, p. 60.

⁹ La diferencia generacional entre padre e hijo es puesta de manifiesto por Savater mediante un expresivo agón entre Odiseo y Telémaco, quien se declara nada interesado por la realeza y la política: «Dudo mucho que me apetezca reinar, pero estoy seguro de que no quiero bregar para conseguir mi reino. Y, por otra parte, hay muchos a los que les haría tanta ilusión...» *Ibid.*, p. 47.

¹⁰ ULISES: «...En mi juventud me gustaba oír poemas sobre hazañas de los héroes en batallas remotas y también las leyendas de los dioses, los mitos. ¿No te gustan los mitos?

TELÉMACO: Francamente, no. [...] A mí me resulta más interesante la imaginación cuando calcula que cuando desvaría» *Ibid.*, pp. 44-45.

¹¹ Cf. *ibid.*, pp. 49-50.

¹² Cf. *Odisea* XIX, 386-507.

¹³ Cf. SAVATER, F.: *Último desembarco*, op. cit., pp. 51-52.

por los cambios de los tiempos o por los nuevos mensajes que a través de la utilización de este personaje se quisieron transmitir. F. Savater ha sabido leer este espíritu nuevo que emana la *Odisea* con el protagonista que le da nombre.

La evocación constante de la *Odisea* hace necesario también el eco de la otra obra atribuida a Homero, la *Iliada*, como referente obligado del mundo heroico por excelencia, porque Savater quiere dejar bien claro que su opción por Odiseo como protagonista de su obra *Último desembarco* es precisamente lo que hace a éste ser un modelo excepcional de héroe, distinto a los demás héroes tradicionales. De esta intención y sobre estas consideraciones parte su obra literaria.

En el prólogo a sus ensayos publicados bajo el título *La tarea del héroe* nos ha dicho Savater: «La ética considera al hombre en cuanto ser activo, que proyecta y realiza un determinado sueño vital; [...] que puede decidirse en un instante contra todo lo que fue su conducta pasada o preferir confirmarla pese a las adversas circunstancias. Pero la ética no se dedica a inventariar y describir los comportamientos: los valora»¹⁴. Pues esto es, precisamente, lo que dramatiza el *último desembarco* en Ítaca. Ulises representa al hombre que tras luchar toda su vida por un sueño personal (Ítaca) y a punto ya de alcanzarlo, lo analiza y descubre que quizá ese sueño no responde a la realidad, que probablemente no merezca la pena realizarlo, que conseguir definitivamente un sueño significa dejar de soñar, dejar la aventura. Odiseo representa la duda anterior a la consecución de todo gran proyecto y la heroica fidelidad que sólo unos pocos, los verdaderos héroes, arrostran para, a pesar de los fracasos y las desilusiones, a pesar de las dificultades, no renunciar a la propia identidad, porque «el héroe es quien *quiere y puede*. [...]: ser derrotado —querer y no poder, poder pero no lograr querer— es lo fácil; lo difícil es triunfar, querer y poder»¹⁵.

La importante novedad que introduce Savater en el mito es la particular condensación dramática de lo que en Homero es sólo un momento más de toda la trama narrativa. En la *Odisea*, Atenea advierte de la situación difícil en la que se encuentra la isla de Ítaca y que el héroe no esperaba del todo; pero, una vez advertido de las noticias, Odiseo no se plantea otras dudas, no piensa más allá que en un plan inmediato para recuperar su reino. Atenea, quien ha estado siempre asimilada a él¹⁶, lo instiga desde el primer momento a la recuperación del trono y a la restauración del orden en palacio¹⁷.

La Atenea de Savater es diferente. Es un personaje cuya función es más dramática que autónoma pues sólo evoca la Atenea de Homero, mas no es la misma diosa, sino la representación simbólica de la parte racional de Odiseo. Como divinidad de la sabiduría, la metáfora mítica —que ya en la épica actuara a la par

¹⁴ SAVATER, F.: *La tarea del héroe*, Madrid, Taurus, 1986, p. 18.

¹⁵ *Ibid.*, p. 113.

¹⁶ Quizás en este sentido el ejemplo más destacado, entre otros muchos, puedan ser estas palabras de la diosa: «tú eres el mejor de los mortales todos en el consejo y con la palabra, y yo tengo fama entre los dioses por mi previsión y mis astucias. Pero ¡aun así, no has reconocido a Palas Atenea, la hija de Zeus, la que te asiste y protege en todos tus trabajos...!» (*Odisea* XIII, 297-301).

¹⁷ *Odisea* XIII, 375-398.

de Odiseo— adquiere aquí el cenit de su protagonismo en la expresión dialógica. La dualidad de Ulises, la división entre su razón y su deseo, se ve representada en Atenea, desdoblamiento de la personalidad del héroe, símbolo de su duda final, de sus reproches racionales, de la tentación inteligente.

Esta Atenea es una invención de Odiseo —como ella misma da a entender—, es la razón que siempre le ha asistido y le ha hecho salir victorioso de todas sus empresas¹⁸, quien le revela, como en Homero, que la Ítaca real a la que ha llegado no es la Ítaca que él esperaba encontrar; ella le habla de Penélope y Telémaco, de los pretendientes. Pero ahora, cada vez que Odiseo se reafirma en su sueño sentido como misión heroica, ella le recuerda alguna dificultad¹⁹.

Esta fuerza que ha de tener el héroe ante la duda y la dificultad es expuesta de otro modo en el capítulo titulado «Esplendor y tarea del héroe» del libro ya citado *La tarea del héroe*:

Nada tan arriesgado y comprometido como sobreponerse a todo aquello que conspira con su inercia a cerrarnos el paso hacia nuestro propio logro: pero el complot comienza en nuestro fuero interno, con la duda sobre nuestra propia indestructibilidad, es decir, sobre que realmente somos lo que queremos ser con sólo arriesgarnos firmemente a ello... y tanto para bien como para mal.²⁰

Ahora, en su *último desembarco*, Ulises, que tiene muy clara su condición y anhelo de héroe, expresa en alta voz esa duda final anterior a toda gran decisión, representada en los comentarios de Atenea²¹. Ulises sabe que ha hecho de su sueño algo más que un nombre, su propia identidad. Su heroísmo consiste en ser fiel a ese sueño pese a las dificultades, pese al fracaso aparente, pese al nulo valor que los demás puedan ver en él o incluso que objetivamente tenga. Lo que subraya precisamente lo heroico de este hombre es la consciencia de lo subjetivo de su anhelo, de su posible fracaso, abrazados con resuelta firmeza²². Lo heroico de Odiseo es su

¹⁸ «En nada te he mentado. Sólo he callado mi nombre, es decir, el nombre que tú me has dado en ocasiones. [...] Te he protegido en el combate y te he inspirado en la asamblea de los jefes. [...] Yo soy Atenea, Ulises: tu Atenea» SAVATER, F.: *Último desembarco*, op. cit., p. 36.

¹⁹ ULISES: «Nunca pensé más que en volver y he vuelto».

MUCHACHO: «Enhorabuena, enhorabuena. Bienvenido. Así que vas a emprender la conquista de tu reino. Temo que no sea demasiado fácil».

(...)

ULISES: «... ¿Acaso quieres que abandone a mi mujer y a mi hijo?»

MUCHACHO: «Hera no me perdonaría nunca que te aconsejara tal impiedad. Sin embargo, quizá no te esperen con tanto celo como supones...»

²⁰ SAVATER, F.: *La tarea del héroe*, op. cit., pp. 123-124.

²¹ «Sueñas con Ítaca, te desvives por Ítaca, contra viento y marea has logrado volver a Ítaca. Muy bien. Y ahora dime: ¿por qué? ¿Qué se te ha perdido a ti en Ítaca, Ulises? ¿O qué pierdes tú si pierdes Ítaca?» *Último desembarco*, pp. 65-66.

²² «Día tras día, año tras año, he reinventado Ítaca, suponiéndola, ordenándola desde lejos. Ahora he vuelto y, aunque apenas la recuerdo físicamente, es más mía que nunca. Mi anhelo se ha convertido en la más fiable señal de identidad, en el más indiscutible de los parecidos. La tengo por fin, con-

duda, sus replanteamientos, sus objeciones racionales representadas en Atenea, y el superarlas a pesar de todo:

ATENEA: La Ítaca que tú posees es una *alucinación privada*, un interminable monólogo tuyo y sólo tuyo; la Ítaca en la que ellos viven es un coro discordante y plural, un entrechocarse de apetitos y frustraciones cuya diversidad se recubre engañosamente con un nombre único. De la Ítaca que tú te has *creado* eres, por supuesto, el amo indiscutible, pero de la otra Ítaca, de la Ítaca de todos, de ésta no podrás ser dueño de veras ni aunque volvieras a sentarte en el trono.

ULISES: Déjame intentarlo. ¿Me ayudarás?²³

Citamos de nuevo las palabras del propio Savater:

... el héroe no puede triunfar de cualquier modo (pues no todo imponerse o dominar es un triunfo), sino que triunfa porque no se desmiente, porque no aspira a ningún premio ajeno a lo que él mismo es: nobleza consiste en no olvidar lo que uno es ni enajenarse por lo que la convención externa considera un bien. Pero también estriba la nobleza en no temer ni calumniar a la voluntad propia, en *atreverse a querer*...²⁴

Ulises mantiene una auténtica lucha entre su voluntad heroica, asumida como misión de su propia identidad, y su razón, demasiado consciente de la posibilidad de fracaso²⁵. Cuando el momento heroico de la postrera decisión se acerca es inevitable la tentación de la huida a tiempo, del buscar otro sueño por el que seguir corriendo aventuras y no, tras su consecución, vivir su cotidianidad y envejecer, como un hombre, hasta morir. Pero este Ulises, lo repetimos una vez más, no es el héroe clásico sino el moderno prefigurado en la *Odisea*, el que vuelve a Ítaca por causa de una mujer inferior a las ninfas, por su hogar:

tra toda duda. Aunque nadie me recuerde, Ítaca es ya mía; aunque la reina no me sea fiel, Ítaca ya es mía; aunque mi hijo ignore mi causa y aborrezca su propio principado, aunque el nombre de Ulises deba ser para siempre Nadie, ¡Ítaca es ya mía, definitivamente!» *Ibid.*, p. 66. (La cursiva es nuestra.)

²³ *Ibid.*, p. 67. (La cursiva es nuestra.) Este pasaje constituye la dramatización literaria de la cuestión ética de la libertad del hombre respecto a su propia vida por la que tanto interés muestra Savater, por ejemplo, en su ya citado libro *Ética para Amador*, y que podemos condensar en esta frase: «a diferencia de otros seres, vivos o inanimados, los hombres podemos *inventar* y *elegir* en parte nuestra forma de vida», p. 32. Más adelante, al hablar de la madurez, de la vida del hombre adulto y consciente, dice también: «Luego hay que hacerse adulto, es decir, capaz de *inventar* en cierto modo la propia vida y no simplemente de vivir la que otros han inventado para uno», pp. 57-58.

²⁴ SAVATER, F.: *La tarea del héroe*, op. cit., p. 124.

²⁵ ATENEA: «Por favor, concédeme un momento.

ULISES: No, no. Perdona, no te enfades conmigo, pero no.

ATENEA: ¿Tienes miedo de que te convenza?

ULISES: Temo que me hagas renunciar».

(SAVATER, F.: *Último desembarco*, op. cit., p. 68).



Yo no soy el héroe con el brazo en alto, Atenea. No soy de esa clase. [...] Aquiles no podía volver a casa, ni criar hijos ni planear su futuro. Estaba destinado a arrasarlo todo a su alrededor y en sí mismo; tenía que bramar, regocijarse y sufrir, nada más, como una tormenta. Nadie dejó de temerle ni de admirarle, pero nadie llegó a odiarle jamás. Mi caso es distinto. A mí no me basta con la celeridad relampagueante del riesgo, ni me conformo con el vagabundeo mágico: necesito también la serenidad del triunfo y el remanso sagrado, llegado el crepúsculo, cuando uno repasa sus tesoros y narra su historia. [...] Aquiles había nacido fugaz y eterno, pero yo debo ganarme con paciencia, institucionalmente, mi perduración. Por eso he vuelto: para que al fin tenga sentido todo lo demás.²⁶

CONCLUSIÓN

Savater escoge el momento mítico del regreso de Odiseo a Ítaca tras largos años de ausencia y lo dota de un sentido nuevo, simbólico de la vida humana. Odiseo llega a una Ítaca soñada e idealizada en la que nadie le espera ni cree ya en él. Su misión se revela anacrónica y fuera de lugar ante su propia familia. Llegar a Ítaca, por una parte, significa alcanzar una meta, mas, por otro lado, significa también dejar de soñar; es el fin de la aventura, el momento decisivo en la vida del hombre en el que se ha de optar por la continuidad o la huida, por la coherencia o la renuncia. Lo heroico de este héroe es que no claudica ante la incompreensión: supera la duda de su propia identidad —la de héroe—, y no defrauda su misión, su ideal de vida.

Afortunadamente, Savater no permite que su personaje sucumba ante el desencanto y el cansancio que la insoluble antítesis entre el mundo interior y el de los demás provocaron en otro héroe humano de la literatura, Don Quijote, sino que, optando por la magia y el encanto de lo mítico, antepone el idealismo a la racionalidad característica del mundo moderno. Citemos, una vez más, sus propias palabras:

Nuestra modernidad nace bajo el signo de un héroe delirante y ridiculizado —Don Quijote— y va acumulando sarcasmos y recelos sobre el heroísmo hasta que poco a

²⁶ *Ibid.*, pp. 74-75. Dice Savater: «Este héroe frágil, desacreditado, al que ningún coro celebra, contrasta vivamente con la imagen clásica de la invulnerabilidad heroica, pero a la vez la completa. El matador de dragones y cumplidor hasta el fin de su deber, caiga quien caiga, sostiene el orgullo viril de la dignidad humana desafiando lo aparentemente irreversible, pero corre el peligro de la dureza de corazón y de una inflexibilidad que termine por ser más obtusamente inhumana que justamente severa; el héroe vacilante y frustrado, pero cuya firmeza aún resiste, se hace en cambio portavoz de la *humanitas*, que desde su fragilidad clama por el diálogo fraterno y la piedad que nada desdén». Cf.: *La tarea del héroe*, op. cit., p. 134. Cf., también, estas palabras sobre la libertad en *Ética para Amador* que tan bien pueden aplicarse a este Ulises consciente de *Último desembarco*: «Libertad es poder decir “sí” o “no”; lo hago o no lo hago, digan lo que digan mis jefes o los demás; [...]. Libertad es *decidir*, pero también, no lo olvides, *darte cuenta* de que estás decidiendo», p. 55.

poco sólo queda la convicción de su fracaso inevitable. [...] Pero ya Don Quijote no es de la misma opinión y al final de su vida llega a la triste conclusión de que sólo ha hecho el loco; no se le ocurre poner en cuestión el mundo « cuerdo » al que finalmente ha de integrarse, sino que lo acepta como algo de verdad y legitimidad indiscutible: lo insustancial fueron sus aventuras. [...] La desventura del héroe no es nueva: lo nuevo de la modernidad es la sensación de esterilidad y absurdo que rodea a esa desventura, el *vacío social* en torno al héroe. [...] ... el héroe se ve impulsado a vivir heroicamente en un mundo que no reconoce el heroísmo, que desprecia públicamente de él, que se complace en su derrota.²⁷

El mismo mensaje que encontramos en estas palabras del ensayo en prosa es el que vemos representado en la *comedia homérica* objeto de nuestro estudio. El género coopera en una expresión literaria de igual contenido ético. No es sólo el argumento mítico el que pervive del pasado en la creación de Savater, es también la inherente percepción de que la literatura, y en concreto el teatro, es el vehículo de expresión idóneo para la transmisión de ideas, críticas y valores esencialmente humanos.

Esto es algo que el mundo griego antiguo tuvo muy claro, como explica otra importante pensadora actual, M. C. Nussbaum: «Conviene también tener presente que, en el siglo V y principios del IV, los poetas eran considerados los maestros de ética más importantes. [...] Las obras trágicas y las comedias se valoraban, entre otras cosas, por su contenido ético»²⁸, y es algo que, en efecto, ha asumido de un modo deliciosamente natural este escritor-filósofo del mundo contemporáneo.

Al igual que M. C. Nussbaum, F. Savater parece haber comprendido que «las obras literarias invitan a los lectores a ponerse en el lugar de personas muy diversas y a adquirir sus experiencias»²⁹. El miedo y el dolor que experimenta Ulises antes de entrar definitivamente en Ítaca, el conflicto deliberativo, la duda, la tentación de la huida, ..., su heroico esfuerzo, nos parecen tan humanos que interpelan nuestra propia racionalidad y emoción sensible mientras abrazamos su ideal contenido ético mediante el ejercicio de la imaginación.

²⁷ *Ibid.*, p. 132-134.

²⁸ NUSSBAUM, M. C.: *La fragilidad del bien. Fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega*. Madrid, Visor, p. 180.

²⁹ NUSSBAUM, M. C.: *Justicia Poética, op. cit.*: p. 30.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

HOMERO: *Odisea*, Madrid, Cátedra, 1990.

NUSSBAUM, M. C.: *La fragilidad del bien. Fortuna y ética en la tragedia y la filosofía griega*, Madrid, Visor, 1995.

NUSSBAUM, M. C.: *Justicia Poética*, Barcelona, Andrés Bello, 1997.

SAVATER, F.: *La tarea del héroe*, Madrid, Taurus, 1986.

SAVATER, F.: *Último desembarco. Vente a Sinapia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.

SAVATER, F.: *Ética para Amador*, Barcelona, Ariel, 26ª ed., 1996.

STANFORD, W. B.: *The Ulysses Theme*, Oxford, 1968.

STANFORD, W. B.-LUCE, J. V.: *The Quest for Ulysses*, Londres, 1974.

